

Un *chaïque*, jefe de familia, ó un emir, jefe de tribu, gobiernan á los que dependen de él; pero su autoridad no llega hasta restringir la libertad personal, á castigar el crimen. Lejos de poder reprimir las enemistades privadas ó hereditarias, debe, por el contrario, asociarse á ellas. Limitase su misión á guiar á la tribu en las marchas ó contra el enemigo, á tratar de la paz ó de la guerra, á predicar la concordia cuando hay desavenencias. Aunque todo *chaïque* sea generalmente elegido en la misma familia, puede ser depuesto siempre que se sepa de alguno de mas edad que él, ó que le supere en valor ó en generosidad. Procuraron algunos adquirir más autoridad, haciéndose vasallos del *shah* de Persia ó los *césares* de Constantinopla.

Acontecia á veces que varias tribus se reunian, y entonces formaban un ejército, una nacion, si su aglomeracion se prolongaba. Las ciudades tenian formas de gobierno muy diferentes. Así, la Meca se regia por una especie de oligarquía, y seis magistrados hereditarios, despues ocho, y en fin, diez constituian un Senado presidido por el decano de edad. Tambien algunas tenian reyes.

Procedentes, como los israelitas, de la rama de Abraham, tuvieron los árabes la misma religion que ellos, las mismas tradiciones y la circuncision. Pero no habiendo sido refrenada en ellos la inclinacion á la idolatría, como entre los hebreos, por las atentas advertencias de los profetas, se engolfaron en todos los errores, y esto desde los tiempos más remotos. Los sabios creian en un sólo Dios, pero al mismo tiempo adoraban los astros, ó las inteligencias que los dirigen. Procuraban santificarse con la práctica de las cuatro virtudes intelectuales, para no sufrir los nueve mil siglos de suplicios reservados á los malos. Oraban tres veces al dia: al salir el sol con ocho adoraciones, prosternándose tres veces para cada una; al mediodía y por la tarde con cinco adoraciones. Verificaban estas devociones con el rostro vuelto hácia el Mediodía, ó hácia el astro que veneraba (*Kebla*) cada tribu; estos eran: el sol para los imiaritas, la luna para los de Kanenah, Mercurio, Júpiter; etc., para otras. Habian construido á los siete planetas otros tantos templos célebres. El de Bét-Gomdam, en Sanaa, capital del Yemen, consagrado al planeta de Venus, fué destruido

por el califa Othman. Representaban sobre el talisman los signos del zodiaco y los de las diferentes constelaciones. Estaban dedicados los dias de la semana á los siete ángeles que presidian á los planetas.

Consideraban á aquellos ángeles como mediadores entre el hombre y el Sér Supremo, al cual daban el nombre de *Alá Taala*. Se llaman las divinidades subalternas *al-ilahat*. Oyendo estos nombres los griegos sin comprenderlos, y adaptándolos todos á su propio uso, dijeron que los árabes adoraban á Oratal y Alilat, que correspondian á Baco y á Urania. La ciudad de Haram, en la Mesopotamia, el templo de la Meca y las pirámides de Egipto, donde duermen Hénoch y Sabi, autores de su religion, eran sagradas á sus ojos.

Otros practicaban una idolatría más tosca. Independientemente de la divinidad propia de cada tribu, todo padre de familia se creaba otras particulares y domésticas, como los dioses lares de los antiguos pueblos itálicos, que se saludaban al entrar y salir de la casa. Otros veneraban piedras informes; supersticion que procedia tal vez de la costumbre de los ismaelitas, que llevaban consigo cuando se alejaban de la Meca, alguna piedra del país natal. Esto es lo que hacian tambien los moros modernos, cuando la guerra santa les llamaba contra los cristianos, y tenian en las manos estas piedras mientras que recitaban su oracion.

Se introdujo el culto del fuego entre los árabes por los magos, con la doctrina de los dos principios. Pero todos los dogmas se alteraron entre ellos por las supersticiones feroces, que llegaron hasta inmolar niños, y á exponer ó dar muerte á doncellas en honor de los dioses.

Los primeros padres del género humano que habian visto en el Paraíso una casa, ante la cual se prosternaban los ángeles en adoracion, quisieron imitarla sobre la tierra, y Abraham ó Ismael, construyeron en la Meca, con sujecion á su modelo, la *Kaaba*, ó Casa cuadrada, santuario de toda la Arabia. Conservábase allí la piedra negra, núcleo primitivo de la tierra, rubí brillante en otro tiempo, que, al caer del cielo, iluminó toda la Arabia con las claridades de la aurora. Se empañó y volvió negro á medida que los hombres se pervirtieron,

para volver á aparecer brillante en el dia del juicio.

Iban los devotos todos los años en peregrinacion á visitar esta casa, dando siete veces la vuelta con presurosa planta, besando otras siete la piedra negra, recorriendo otras tantas las montañas comarcanas, desde donde arrojaban piedras al valle de Mina. Terminábase la ceremonia con el sacrificio de camellos y carneros, cuya lana y cuernos eran enterrados en el suelo sagrado. Enviaban los reyes imiaritas una tela de lino de Egipto para cubrir la casa, como en el dia el Gran Señor envia seda y oro.

Se podria, aun en los tiempos de ignorancia, como los árabes llaman los anteriores á Mahoma, recoger, si se quiere, toda la série de antecesores de cada familia; pero por lo que respecta á una historia, no poseen ninguna cierta. La precision en las fechas, la discusion crítica, el apoyo de los comentarios, no tienen nada que convenga al génio oriental; tenemos repetidas pruebas de ello. Piérdese la realidad bajo los adornos accesorios de que se la sobrecarga. No se podrian distinguir á través de esta niebla sonrosada la verdad de la fábula, los héroes de los dioses, los hechos de las hipótesis, los cuentos de los mitos, y no es extraño encontrar bajo las formas de una árida crónica la más caprichosa ficcion.

Parece que los árabes salieron varias veces de su país para hacer, no tan sólo incursiones, sino tambien conquistas, sobre todo en Egipto; y ya hemos dicho que los reyes pastores, cuya dominacion sufrió el Nilo, habian podido pertenecer á su raza. El fabuloso Sesostris elevó contra ellos una muralla de mil quinientos estadios, que se prolongaba de Pelusa á Heliópolis; se dice tambien que atravesó el golfo Arábigo por Direa, es decir, por el estrecho de Babel-Mandeb, y se supone que se refieren á su invasion los edificios de estilo egipcio que se encuentran en la Península. Proyectaba Alejandro someter á los árabes que no le hubieran enviado tributo; pero la muerte le evitó la vergüenza de un descalabro, y continuaron inquietando con sus excursiones el Egipto, la Persia y la Siria. Jamás extranjeros (si penetraron alguna vez), se establecieron en sus áridos desiertos, y no era posible avasallar una nacion que trasladaba su patria acá y allá, sobre dro-

medarios y caballos, en los lugares en que estaba segura de no tener que sufrir lazos. Solamente algunas tribus, establecidas en los confines de las tierras cultivadas, pudieron proporcionar ocasion á los romanos de alabarse de haber subyugado á los árabes. Lúculo hizo algunas expediciones contra ellos; Pompeyo tomó á Areta en la Arabia Petrea; Augusto envió el año 24 despues de Jesucristo, á Galo á la cabeza de un buen cuerpo de tropas para someter la Arabia, pero sus proyectos se frustraron completamente. Palma, teniente de Trajano, redujo á la obediencia un distrito de la frontera (105), que fué restituido poco tiempo despues; por esto el orgullo latino confesaba que los árabes eran invencibles.

Los historiadores extranjeros nos enseñan muy poco sobre lo que les concierne. Hacen mencion sus tradiciones de Katan, quien habiéndose establecido en el Yemen, fué coronado allí con una diadema de mimbre. Engendró á Iarab, llamado el padre del Yemen, quien fué el primero que recibió esta salutation despues en uso: *Aleja las maldiciones*; y Djoram, que fundó el reino de Hedjad. Conservó su tribu hasta la llegada de Ismael, hijo de Abraham; fué entonces rechazada y pereció despues en una inundacion.

De Iarab nació Iahseb, llamado despues Saba, héroe que empezó á hacer conquistas y empleó á sus prisioneros en construir la ciudad que llevó su nombre, así como á los fuertes de la provincia de Marel. Obtuvo los honores divinos é introdujo el culto de los astros. Imar, su hijo mayor, dió su nombre á la dinastía de los Imiaritas. Tuvo por sucesor á su hermano Cahtan, cuyos hijos fueron destronados por Naman, apellidado Moaccher. Tomaron sus descendientes el título de Tolba (*perteneciente*) y llevaron sus conquistas hasta las fronteras de la China, si no miente la tradicion nacional. Pero es cierto que su dominacion se prolongó más que la de ninguna otra familia puesto que duró veinte siglos.

Para fecundar el Marel, donde se elevaba Saba, se habian reunido en un lago artificial todas las aguas de los manantiales y de los torrentes comarcanos; pero habiendo cedido los diques, á pesar de su solidez extremada, se escaparon las aguas con violencia y talaron el

país que habían hecho fecundo. Ocho tribus abandonaron la comarca atacada de esterilidad y parte de ellas se establecieron en la Mesopotamia, donde tomaron su nombre de los jefes árabes las provincias de Diar-Bekr, Diar-Modar, Diar-Rabia. Fundaron los demas los dos reinos de Gassan y de Hira: el primero en la Siria Damascena, donde duró seis siglos bajo diferentes príncipes llamados por los griegos Aretas; el segundo en el Irak, donde no tuvo menor duracion bajo el patrocinio del schah de Persia, de quien sus príncipes se habían reconocido vasallos.

Las tribus que permanecieron en el Yemen continuaron en la obediencia de sus antiguos príncipes. Consta que se refugiaron allí gran número de hebreos despues de la destruccion de Jerusalem por Nabucodonosor, otros consumada ya su ruina por Tito, y tambien cuando los arrojó Aureliano de Palmira, en donde Zenobia les había dado asilo. Introdújese allí el cristianismo en tiempo de Valente, convirtiéndose á él los monjes de la Siria á los sarracenos Gasanidas. Fué enviado Teofilo por orden de Constantino á predicar el Evangelio á los imiarietas, aunque lo hizo siguiendo los errores de Arrio, de que abjuraron despues.

Al-Numan, rey de Hira, llamado tambien Abou-Kabosis, encontrándose ébrio cierto dia, había hecho enterrar vivos á dos de sus amigos; arrepentido más tarde, construyó un monumento á la memoria de cada uno de ellos, y fijó dos dias en el año, nefasto el uno y el otro feliz. Sentando como regla inviolable, que toda persona que compareciese ante su presencia durante el primero sería condenado á muerte y ejecutada sobre el sepulcro de sus víctimas; no debiendo esperar en el segundo sino gracias y presentes de todas clases.

Un árabe de la tribu de Tiay, que había acogido y tratado al rey en ocasion que éste se había extraviado en la caza, fué al palacio precisamente en el dia nefasto. Dos leyes igualmente sagradas se hallaban en lucha entonces: el respeto á la hospitalidad y á la palabra real. Considerándose el príncipe más ligado á esta última, despidió á su huésped con ricos presentes, con la condicion de que tenía que volver para sufrir la muerte en el siguiente año. Un cortesano, que por compasion se había

ofrecido como fiador, garantizó su vuelta. Concluíase el año sin que el árabe se presentase, y el rey, que veía con placer que de este modo salvaria la vida de su bienhechor, apresuraba el suplicio del que había respondido de su palabra. Pero antes de que el dia fatal hubiese terminado, el árabe, que con grande esfuerzo se había arrancado del lado de su desconsolada familia, se presentó en cumplimiento de su promesa. Admirando el rey su generosidad, le preguntó por qué no había tratado de libertar su vida; y habiéndole respondido que su religion se lo prohibía, en atencion á que seguía la ley de Cristo, quiso el rey conocerla; hizose instruir en ella, y fué bautizado con todos sus súbditos. De este modo se encontró el reino de Hira cristiano jacobita, llegando á ser un asilo para todos aquellos que eran perseguidos en otra parte. Dos obispos jacobitas de los árabes tenían sus sillas, el uno en Akoula, cerca de Bagdad, y el otro en Hira, con el titulo de obispo de los árabes escenitas de la tribu de Thalaab, los dos dependientes del maftian de Oriente.

Consta asimismo que los judíos del Imiar provocaron á sus vecinos, los cristianos, á una discusion pública. Discutióse por espacio de tres dias en el campo á presencia del rey, de los grandes y del pueblo. En fin, los judíos, en último extremo dijeron: *Pues bien, si es cierto que vive Cristo y que puede oír las oraciones de sus adoradores, que se muestre y le adoraremos.* En aquel instante se oscurece el cielo, en medio de los relámpagos y del destroz del rayo, aparece Cristo circundado de gloria y exclama: *Aquí teneis á aquel á quien sacrificaron vuestros padres.* Dice y desaparece. Los cristianos se prosternaron repitiendo: *Kyrie eleison*, permaneciendo los judíos heridos de estupor hasta tanto que recibieron el bautismo.

A pesar de esto, prevalecieron los judíos en el Imiar, persiguiendo Dou-Navass á los cristianos, más bien por celo hacia la religion, que por otro cualquier motivo. Refugiáronse en la Etiopía, en donde el Négus Elesbaas, no contento con acogerles con la mayor benevolencia resolvió, instigado por el emperador Justino I, hacer la guerra en Arabia á Dou-Navass, quien se vió obligado á arrojarse al mar. Cuatro príncipes etiopes dominaron entonces en el Yemen,

hasta el momento en que el imairita Seif consiguió, con ayuda de Chosroes Nouschirvan, arrojarlos del país. Habiéndole asesinado á su vez los partidarios de los etiopes, obedeció el Yemen á príncipes nombrados por el rey de Persia, y de los cuales el último, Baden, se sometió á Mahoma.

Una de las tribus del Yemen, á quien hizo emigrar la inundacion, fué guiada á la comarca de Acc por Amrou-Ben-Amer, jefe de los calanidas; otra, la de los djoctanidas, se detuvo en Iatreb; otra más fué llevada por Kozai cerca de la Meca, á Bat-el-Mar, y de allí provinieron los kozaitas. Pero el Hedjaz se hallaba bajo la dominacion de los djomaritas, vástagos del tercer hijo de Ioctan; gobernaban la Meca, custodiaban la Kaaba y la fuente de Zemzem, empleo sagrado que daba una importancia política y un gran lucro, á causa de las peregrinaciones. Pero como maltrataban á los que se dirigian á la casa santa y se apropiaban sus donativos, suscitáronse disensiones entre ellos y los ismaelitas, que consiguieron expulsarlos y repelerlos al Yemen.

Los kozaitas, que habían prestado ayuda á los hijos de Ismael, se abrogaron la custodia de la Kaaba y la conservaron dos siglos y medio, hasta el momento en que Kozai, abuelo de Mahoma, la hizo pasar á la familia de los Koreisos, que era de su tribu, asegurándola de esta suerte la supremacia entre los árabes.

Habiendo querido introducir cada tribu sus ídolos en la Meca, sellegaron á contar hasta trescientos sesenta, número que concordaba con las ideas astronómicas de los sabios. Representaban hombres, gacelas, águilas, leones, y entre ellos dominaba la efigie de Ebal, de ágata rojiza, con siete flechas sin plumas en la mano, símbolos adivinatorios. Abrah el-Ascran, rey etiope del Yemen, declaró la guerra á este culto material, y puso asedio delante de la Meca, pero Abdol Montaleb que la custodiaba, se mantuvo en su puesto, repeliendo á los elefantes y á las tropas del enemigo. Habiéndose hecho proposiciones para entrar en acomodos, Abdol solicitó que se le devolvieran sus rebaños. *¿Por qué,* preguntó Abrah asombrado: *no imploras más bien mi clemencia respecto del templo amenazado?*—*Consiste,* respondió el koreischita, *en*

que los rebaños son míos y en que la Kaaba es de Dios, quien sabrá defenderla.

Dios la defendió efectivamente, porque una bandada de pájaros lanzó una porcion de gujarros contra los enemigos, que levantaron el sitio en desórden, llevando sobre sí las cicatrices de las heridas recibidas.

No hallamos mejor medio de dar una idea de la civilizacion árabe de aquella época, que trasladando una conversacion entre Chosroes Parvis y Nouman, pequeño príncipe árabe, que dominaba sobre las tribus orientales y residía en Hira, á orillas del Eufrates.

Alcatamy cuenta que Nouman encontró en la córte de Persia á los embajadores de Bizancio, de la India y de la China; como aquellos extranjeros ponderaban á porfía el poder de sus soberanos, el número de sus fortalezas, la extension y la opulencia de sus ciudades, Nouman se puso tambien á ensalzar á los árabes y á colocarlos sobre todos los pueblos del mundo sin exceptuar á los persas.

Sintióse ofendido el orgullo del emperador Chosroes, y dijo al rey de Hira: «Nouman, he estado á punto de comparar la condicion civil y política de los árabes á la de los demas pueblos, de quienes recibo diputaciones anuales. He encontrado entre los griegos una bella armonia, un poder político de los mejor organizados, una cantidad de ciudades grandes y pequeñas, de soberbios edificios, una ley que determina lo que es lícito é ilícito, reprime la insolencia é impone un freno á la temeridad. He encontrado que los indios poseían estas ventajas y muchas otras, un país bien regado, una vegetacion magnífica, frutos exquisitos, perfumes, una gran poblacion, una industria maravillosa, costumbres suaves, preceptos de alta sabiduria, métodos de cálculo muy exactos. He admirado entre los chinos la fuerza del lazo social, el número y perfeccion de las artes manuales, de las máquinas de guerra, obras de hierro. Además, en todos los pueblos encuentro un gobierno regular, en el que todos obedecen al rey. No hay ninguno, hasta los turcos, hasta los khazares, que á pesar de su pobreza, la esterilidad de sus campiñas, el pequeño número de sus fortalezas, la falta de los primeros bienes de la civilizacion, buenas casas y buenos vestidos, no tengan un rey para reunirlos en der-

redor suyo y velar por su salvacion. Pero entre los árabes no encuentro una de estas excelentes cosas espirituales y materiales; no tienen fuerza ni estabilidad. Y lo que demuestra cuán inferiores son á las demas naciones, es su clase de vida, poco diferente de la de las bestias feroces y de la de las aves de rapiña con las cuales están en sociedad. Añádase á esto que deguellan en la cuna á sus hijos por no verlos padecer con el hambre; que viven en perpétua guerra de tribu á tribu, dándose muerte y robándose entre sí para tener que comer; que están privados de todos los goces de la vida, sin conocer vestiduras ricas, sin cocina delicada, ni buenos vinos, ni diversiones. Los que entre ellos hacen alarde de delicadeza y se entregan á los placeres de la mesa, encuentran exquisita la carne de camello, la que sin embargo es pesada y deja un sabor desagradable que produce náuseas. Si algun beduino ha acogido á un extranjero bajo su tienda y le ha ofrecido una bagatela, se habla de ello en todo el desierto como de un gran acontecimiento. Alaban en alta voz los poetas su hospitalidad, y su tribu está henchida de orgullo. Tales son los árabes, Nouman; exceptúo, no obstante, la familia de los Tanonkidas, á los cuales mi abuelo aseguró la autoridad, libertándoles de sus enemigos, y cuyo país ofrece algunos monumentos, fortalezas, ciudades florecientes, en fin, alguna cosa que se asemeje á obras humanas. Pero vosotros, pobres beduinos, raza desgraciada, hubiera creído que la conciencia de vuestra miseria os impediría contaros entre los que gozan de bienes que os son desconocidos. Por el contrario, os enorgulleceis, os alabais, pretendéis la preeminencia; esto es intolerable.»

Nouman respondió: «¡Dios aumente la prosperidad de tu imperio! Existe en la tierra una nacion á quien su brillante fortuna eleva más allá de toda comparacion, y tú la gobiernas; pero dejándola fuera puedo refutar todas las acusaciones del rey, y creo poder demostrar la superioridad de los árabes, sin contradecir y desmentir las palabras reales. Asegúrame que nada tendré que temer de tu cólera, y yo te convenceré.»

—Habla, dijo Chosroes, nada tienes que temer.

Nouman repuso entonces: «Por lo que hace

á tu pueblo ¿quién puede negarle la supremacía? Posee los dones de la inteligencia, un vasto territorio, una grandeza política que nadie disputa y el favor insigne de vivir bajo tus leyes y las de tus abuelos. Pero despues de él no veo otro que en comparacion de los árabes no se halle vencido....»

—¿Vencido? ¿Y en qué? exclamó Chosroes.

«En independenciam, hermosura, nobleza, generosidad, poesías y proverbios, fuerza y penetracion de espíritu, desprecio de toda cosa terrenal, horror á todo yugo, probidad, fidelidad á las promesas. Libres como el aire, se mantienen los árabes desde remotos siglos, huéspedes y amigos de Chosroes, de aquellos grandes reyes que conquistaron tantas provincias, redujeron á tantos pueblos á la esclavitud, guiaron tantos ejércitos á la victoria y fundaron un tan vasto imperio. Tuvieron que alabarse aquellos ilustres monarcas de la amistad de los árabes, y no cesaron de honrarles á fin de que nadie se atreviese á atentar á su independenciam. Sus caballos son sus fortalezas, la tierra su lecho, el cielo su techumbre, sus alfanges sus baluartes, su constancia sus máquinas de guerra, muy diferentes de otros pueblos, cuya fuerza y medios de defensa consisten en montones de piedras y tierra, dispuestos en torres y fosos. Basta en seguida verlos para preferir su persona á la de los indios cobrizos, de los chinos deformes y famélicos, de los turcos repugnantes, de los griegos encarnados como si estuvieran desollados. Su genealogía y el caso que hacen de ella bastaria para distinguirlos de las demas naciones. No encontrarás fuera de la Arabia un pueblo que no haya olvidado una gran parte de su origen hasta el punto de que si tú pidieras á cualquier otro que un árabe el nombre de su bisabuelo y aún de su abuelo, no lo sabria.»

»Por el contrario, entre nosotros, no encontrarías á nadie que no pudiese nombrar sus padres, hasta la vigésima generacion, sin omitir un grado. Así conservan los árabes la memoria de lo pasado y de las parentelas; nadie entre los beduinos, puede alegar ser de otra familia que de la suya, ni decirse nacido de otro que de su padre. La generosidad es una virtud árabe, sobre todo, en la hospitalidad; si el pobre beduino que posee por todo recurso

una camella y su pequenuelo, recibe de improviso un viajero sorprendido por la noche, al cual bastaria una gota de leche para humedecer sus labios, no titubea en sacrificarle su camella, y consiente en perder todo su haber, para adquirir la reputacion de hombre generoso y hospitalario. Su lengua, su literatura, sus máximas filosóficas, y todo lo que se refiere á ello, es el más bello dón que el cielo haya hecho á la tierra. La poesía árabe es armoniosa, variada, sonora; su rima, perfeccion de lenguaje métrico, es lo que hay más dulce al oido. Añade á la imaginacion de los poetas el de los oyentes, que todos poseen conocimientos prácticos, saben decir á tiempo un proverbio, brillan en las descripciones y tienen á su disposicion palabras que en vano buscarian en otra parte. Nadie disputa en contra de que sus caballos son los primeros del mundo; sus mujeres las más castas, sus vestidos los más airosoos que pueden imaginarse; tienen minas de plata y oro, las piedras de sus montañas son ágatas; su cabalgadura es el dromedario, la mejor de todas, la única en la cual se puede atravesar el desierto.

»Por lo que respecta á la religion y las leyes que se derivan de ella, les prestan una obediencia absoluta. Tienen meses sagrados, una tierra santa, una casa á donde van en peregrinacion; celebran los misterios é inmolan víctimas. Si un árabe encuentra allí al asesino de su padre ó de su hermano, por fácil que le sea castigarle, no lo hará, porque el honor y la religion prohiben la venganza en el territorio sagrado. Basta decir, por lo que respecta á su lealtad, que se mantienen unidos por una mirada, por un gesto, cuyo significado sea conocido; hasta tal punto que la obligacion contraida por aquel gesto, no cesa sino con la vida. El árabe que quiere pedir prestado, cogera una rama donde se encuentra, la dará á su prestamista, y éste no exigirá una fianza, sabiendo que aquella rama tiene tanto valor como una obligacion firmada ante testigos. Si un hombre del desierto sabe que alguno, despues de haber reclamado su proteccion, ha sucumbido á los golpes de un enemigo, lejos del protector á que habia invocado, se considera como obligado á perseguir al asesino hasta el exterminio de la tribu del ofensor ó del vengador. Un asesino, un

hombre perseguido por el odio ó por la justicia, llega á refugiarse cerca de una familia con la que no le une ningun lazo de parentesco y á la que ni aún siquiera conoce; es acogido allí, y desde este momento la vida del refugiado es más preciosa para aquella familia que la de sus miembros.

»Nos haces cargo de dar muerte á los hijos por no verlos padecer de hambre; pero reflexiona que sólo las doncellas están expuestas á perecer de muerte violenta, sea por temor de que creciendo la que acaba de nacer llegue á ser oprobio de su familia, ya por un exceso de celos y pudor que es frecuente entre los árabes.

Tiene miedo el padre de casar á su hija, de entregarla en manos de un extranjero que pudiera maltratarla.

»Haces cargo á los árabes, ¡oh rey! el encontrar exquisita la carne de camello, que llamas ordinaria. Sabe, además, que no hay casi beduino que no rechaze toda otra carne como inferior á esta. Desprecian, en una palabra, lo que vosotros estimais. El camello es para ellos una cabalgadura y un alimento, porque les proporciona la más delicada leche que se conoce, y una carne abundante, succulenta, gorda, tierna y saludable, superior, en suma, á las demas bajo todos conceptos.

»Las guerras intestinas, las incursiones de tribu á tribu son la vida natural de los árabes, y las prefieren á un gobierno regular que les obligara á prestar obediencia á reyes. Otras sociedades confiesan su propia debilidad sometiéndose á uno sólo. En efecto, conferir á manos ajenas el poder supremo, es reconocerse incapaz de gobernar por sí propio, de hacerse respetar en lo interior y entre los extranjeros. El miedo de una gran invasion determina á una nacion á tomar por jefe á un grande, es decir, á uno de los más capaces y de los más considerados. Administra justicia, manda los ejércitos, y eleva á los nobles á mayor altura que á los demas, ó bien es el único del reino que posee dignidad y nobleza. En la sociedad árabe las virtudes reales son muy comunes; generosidad, rectitud, magnanimidad, valor, son tan vulgares entre sus miembros, que todos se llaman reyes. Nadie consiente en pagar tributo á quien quiera que sea, y horroriza la idea de

una sumision que tenga punto de semejanza con la esclavitud.

»Has hecho excepcion en favor del Yemen, ¡oh Chosroes! Tu abuelo y tu padre supieron lo que vale un rey de Imiar, y el de Imiar sabe lo que valen los árabes del desierto. Cuando el rey de Imiar vencido por el etiope y expulsado de su reino llegó á pedir ayuda á tu abuelo, le pareció cosa tan miserable que el gran Nouchirvan no se dignó armarse en contra suya. Dirigióse, pues, á sus vecinos del desierto, que venturosamente correspondieron á sus esperanzas. Así, si no hubiera hallado entre ellos hombres que supieran blandir la lanza y acribillar de dardos á los *ahhrar* y estrechar de cerca á los *kuffar*, jamás hubiera vuelto á ver su país.»

Chosroes admiró la elocuencia de Nouman, y al despedirle le regaló un traje completo de su guardaropa.

No queremos dar á esta amplificacion más importancia que á aquellas con que los historiadores clásicos han engalanado sus narraciones; pero á semejanza de estas últimas nos revela las costumbres y las opiniones del tiempo: es de tanta más estimacion por cuanto tiene doce siglos de fecha y nos representa aún con verdad la sociedad moderna. Con efecto, los árabes se adhieren en extremo á sus usos, como todos los pueblos orientales, y continúan su antiguo género de vida (salvo el infanticidio) en las comarcas donde no han penetrado los turcos; especialmente los anazes del Norte de la península y los jefes, soberanos del Hadramaut, últimos representantes de la independencia ismaelita.

CAPITULO II

Mahoma.

Habia en la tribu de los koreischitas, descendiente de Ismael, hijo de Abraham, y una de las principales entre los árabes, como ya hemos dicho, porque estaba encargada de la custodia de la Kaaba, una familia ilustre, la de los Haschemitas, llamada así de Haschem, que durante una gran carestía habia empleado sus riquezas, ganadas en el comercio, en mantener á los habitantes de la Meca. Abdol-Motaleb, su hijo, defendió la ciudad en una ocasion en que fué invadida por los abisinios. Vió

vió ciento veinte años, y engendró seis hijas y doce hijos, entre los cuales era objeto de su predileccion Abdallah: éste debia ser inmolado á consecuencia de un imprudente voto hecho á los dioses de la patria; pero Abdol rescató su vida al precio de cien camellos. Este era el más gallardo entre los hijos de Ismael, y cuando se casó con Amina, flor de la ilustre familia de los Zaritas, se murieron de celos doscientas doncellas.

En la solemnidad con que se celebra la ceremonia de un hijo varon, quiso el abuelo que se diera al recién nacido, único fruto de este enlace, no un nombre usual en la familia, sino el de Mahoma, en la confianza de que Dios habia de glorificarle. A los dos meses perdió este niño á su padre, y á su madre á los seis años, y quedó sin más herencia que cinco camellos, una esclava negra y la proteccion de Abdol-Motaleb. Este se la recomendó al morir á Abou-Taleb, su hijo, que vino á ser jefe de los koreischitas y el primero de la Meca. Le dedicó al comercio, y á la edad de doce años le llevó consigo á Siria. Allí, en un monasterio de Bosra, un monje nestoriano llamado Bahira ó Sergio, asombrado de las respuestas sensatas, de las expresiones precisas y del despejo del jóven árabe, le predijo un porvenir glorioso, é invitó á su tío á que le preservara de las redes de los judíos.

Cuando llegó á la edad viril peleó contra los chenanitas y los avazanitas, que habian violado el sagrado territorio de la Meca, y dió pruebas de gran denuedo. Tambien acreditaba un talento juicioso en la conversacion de los principales ciudadanos que se reunian en casa de su tío. La ingenuidad característica de sus palabras y de sus obras, habia hecho que se le apellidara por ellos el Sincero (Al-amin). Habiendo incendiado una mujer la Kaaba al quemar perfumes, los koreischitas resolvieron reconstruirla sobre el mismo plano, aunque dándola más ensanche, á causa del número siempre en aumento de devotos. Cuando sus paredes fueron levantadas hasta la altura en que debia colocarse la piedra negra, se suscitó una disputa entre las tribus sobre á cual de ellas perteneceria la colocacion de aquel objeto venerando. Ya iban á pasar de las palabras á las vias de hecho, cuando propusieron los ancianos

que se atuvieran al primero que se presentara en el umbral de la Casa cuadrada. La casualidad ó la destreza condujo allí á Mahoma; su parecer fué poner la piedra sobre una alfombra y hacer que sostuviera sus orillas un miembro de cada tribu, sosteniéndola así hasta el lugar que le estaba destinado á la altura de un hombre. Fué seguido su consejo: entonces la cogió con la mano y la puso en su sitio.

Lo hábil de este expediente hizo subir de punto la consideracion que ya le habian valido su talento, la gallardía de su persona, su larga barba, sus vivos y penetrantes ojos, la expresion de su fisonomía, la influencia de su palabra. Dotado de una memoria tan feliz como segura, de una imaginacion lozana, de un juicio recto, hablaba el dialecto más puro, y habia aprendido en la primer familia de la nacion á discurrir con elegancia. De consiguiente, tenia á la vez modales cultos y graves, aunque no habia recibido educacion, y ni aun sabia leer ni escribir. No le faltaba más que ser rico; pero necesitando una viuda opulenta, llamada Kadija, de un hombre hábil y leal para dirigir sus negocios mercantiles, le tomó á su servicio; encantada despues de su fidelidad, no ménos que de su hermosura, le dió su mano, á pesar de que él no tenía más que veinticinco años y ella frisaba en los cuarenta. Abou-Taleb pagó el dote de 12 onzas de oro y de veinte camellos, y Mahoma se encontró al igual de los primeros moradores de la Meca.

Su génio tenia un objeto mucho más elevado. Orgulloso de descender del primer fundador de su nacion, se habia mostrado inclinado desde sus primeros años á las meditaciones religiosas y á las discusiones dogmáticas. Cada mes de Ramadan se retiraba al fondo de la caverna de Heres, para adquirir allí nueva lozanía con las poderosas lecciones de la soledad. Allí adquirió la conviccion de que la idolatría no habia sido el primitivo culto de la Arabia; pero tambien puede suceder que adquiriera ideas más sanas sobre la divinidad en sus pláticas con algunos extranjeros cristianos, judíos ó persas, en sus correrías comerciales á Bosra y á Damasco; y que, oyendo hablar de las diversas creencias rivales, se propusiera en su interior reducir las todas á una sola, que, sencillísima en sus dogmas, no excluyera ninguna. Hasta pudo saber

que era favorable á una gran innovacion el estado del mundo, puesto que los hebreos suspiraban por el libertador prometido, los persas languidecian agotados por disensiones civiles sin fin, la Arabia estaba dividida entre tribus rivales, y la Grecia entre herejías disertadoras.

Pasó madurando su proyecto los quince años durante los cuales nada dice la historia de su persona. Quizá la ardiente conviccion necesaria á todo el que se compromete en una vasta empresa, le hizo pensar que estaba destinado por el cielo á reformar el mundo; que era tambien un profeta enviado al pueblo negro y al pueblo rojo, para abolir, por medio de su religion, todas las religiones anteriores.

A la edad de cuarenta años, durante el retiro regular que guardaba con los de su casa, se hallaba en oracion durante la noche cuando se le apareció el ángel Gabriel, y le dijo: *Lee*, y al oír la respuesta de que no sabia leer, Gabriel repuso:

Lee en nombre de Dios criador: formó al hombre reuniendo los dos sexos.

Lee en nombre de Dios adorable; enseñó al hombre á servirse de la pluma; depositó en su alma un rayo de su sabiduría; ella es la verdad, y Él se revela contra su bienhechor.

Las riquezas fomentan su ingratitude; ciertamente volverá á Dios el género humano.

Mahoma contó su vision á Kadija, y le dijo como una voz le habia declarado apóstol del Señor. Alegre con verse mujer del profeta de Dios, refirió ella el suceso á Varca, su deudo, que, versado en la Santa Escritura, siendo cristiano y sacerdote, halló, segun otros ejemplos, probable el relato, y proclamó á Mahoma profeta de los árabes.

De vuelta á la Meca, Mahoma dió siete veces vuelta á la Kaaba, fingió estar en comunicacion con el cielo y adquirió prosélitos. El primero fué Ali, su primo, que apenas tenía doce años; luego Said, su esclavo, que mereció alcanzar de él su libertad; pero el más importante fué Abou-Bekr, uno de los diez magistrados de la Meca, que, gozando de mucho crédito en la ciudad, divulgó entre sus amigos la nueva creencia.

Mahoma la comunicó por espacio de tres años en secreto, hasta el momento en que de-